

Sobre predicciones y relatos

Summary: *In this article the author attempts to analyze some of the consequences derived from the unsuccessful predictions and promises contained in the historic materialism, the latter being defined as a grand story telling, which exerted a luminous influence on the Latinamerican sociological field for the last decades. Hence, the author proposes the abandonment of great predictions and the development of a more explicative and less pretentious theoretical work.*

Resumen: *El autor intenta analizar en este ensayo, algunas consecuencias que se derivan del fracaso de las grandes promesas y predicciones contenidas en el materialismo histórico, concebido este último como un magno relato cuya influencia irradiante se hizo sentir durante las últimas décadas en el ámbito de la sociología latinoamericana. Se aboga, en consecuencia, por el abandono de las grandes predicciones y por el desarrollo de una tarea mucho más explicativa y mucho menos pretenciosa.*

La predicción demandada

No siempre se ha esperado lo mismo del sociólogo. Las expectativas que fueron emergiendo en torno a su actividad dependieron, en buena medida, de su relativo y lento pasaje de la vida

"No se trata de desacreditar un argumento con el hecho de revelar su retórica; más bien se trata de revelar la retórica para descubrir por qué un argumento resulta tan creíble".

"¿Hay acaso una situación más favorable para las ciencias sociales que aquella en la que una sociedad se plantea muchas preguntas y dispone de pocas respuestas?"²

estrictamente académica -a la cual estuvo circunscrita durante muchas décadas- a la vida propiamente profesional -a la que ingresó muy entrada ya la posguerra-.

Sin embargo, y a lo largo de la centenaria historia de progresiva profesionalización de la disciplina, los sociólogos han estado expuestos a una demanda frecuentemente reiterada que aparece formulada en distintos ámbitos y motivada por variados y hasta contradictorios intereses: se pide al sociólogo que responda a la pregunta sobre el futuro acontecer; se le interroga sobre el desenlace de los acontecimientos o de los procesos presentes. Más específicamente quizás, se espera de él que sea capaz de delinear el escenario social del futuro o de suministrar las claves que permitan conocer las leyes del desarrollo de las formaciones sociales presentes proyectadas en su porvenir.

Tanto los interesados en los grandes cambios o en las violentas transformaciones, como aquellos otros que los temen o que desean evitarlas, han reclamado a veces al sociólogo *predicciones ciertas* sobre el desarrollo de los procesos de orden social.

Demanda similar han enfrentado y enfrentan los sismólogos, a quienes de manera incesante y persistente se les pregunta: ¿Cuándo y dónde tendrá lugar el próximo cataclismo? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias previsibles del siguiente sismo o movimiento telúrico?

Hay que destacar, no obstante, que los sísmólogos han sido en general bastante más prudentes. No han dudado en frustrar a ese inquieto público que espera de ellos fechas y localizaciones precisas referidas al terremoto eventualmente esperado. No han considerado, en forma alguna, que su negativa a predecir conlleva necesariamente un descrédito o una pérdida inevitable de prestigio o de reconocimiento científico a su disciplina y a su quehacer

Los sociólogos, al contrario, han cedido más fácilmente "a las presiones del encargo y a las seducciones de la demanda"³. Tal vez más inseguros en su reconocimiento científico o profesional, han arriesgado, algunas veces, pronósticos sin el fundamento requerido o simplemente profecías que, al decir de Weber, no vienen sino a convencer a aquellos que habían sido ya previamente convencidos.

Podría ciertamente argumentarse que la vida social en su dinámica no sólo no impide sino que facilita incluso la predicción de ciertos comportamientos de esa vida social cotidiana más o menos ritualizada. Conociendo el guión o la secuencia establecida de ciertas prácticas sociales, el observador puede anticipar, con alta probabilidad, la realización de un buen número de acciones. De hecho, la vida social en su globalidad, se funda en buena medida en las expectativas recíprocas que los actores se hacen sobre el futuro y probable comportamiento de los otros agentes del quehacer social⁴. El problema es que no son esas, sin embargo, las predicciones que parecen interesar y que sin duda reclama el gran público. Además, y esto salta a la vista, no hace falta ser sociólogo para realizar exitosamente ese tipo de predicciones o de pronósticos. Lo que parece interesar *particularmente*, a quienes demandan de una u otra manera los servicios del sociólogo, es la anticipación de aquellos eventos o procesos que implican transformaciones importantes en el acontecer histórico y social. Se espera de él que prediga las rupturas o las mutaciones del orden social; que señale los cambios de rumbo o los nuevos cursos de acción del desarrollo histórico o que, en todo caso, anticipe, si es posible, el retorno al viejo orden una vez que se ha iniciado un proceso de agitación o de zozobra.

Aquellos que demandan, parecen demandar demasiado al sociólogo. Tal vez ésto se deba a que no saben claramente qué es lo que pueden esperar y requerir de su trabajo. Quizás también

eso obedezca al hecho de que desean desentrañar el secreto que encierran los acontecimientos en su a veces fortuito y azaroso devenir. Viejo deseo insatisfecho y de muy difícil -si no imposible- satisfacción. Ni lo uno ni lo otro: el sociólogo no puede ser el portador agorero de predicciones catastróficas inexorables, ni el mensajero inequívoco de una nueva tierra de donde manan, abundante e inagotablemente, la leche y la miel.

¿Predicción o retrodicción?

Tal y como lo hace Bernard Cohen en una obra reciente, conviene asimismo subrayar la diferencia que separa la *profecía* de la *predicción condicionada*. Mientras que en la profecía la irrupción del futuro no aparece dependiendo de una serie de condiciones claramente señaladas, "la predicción científica es una predicción condicionada. Un científico hace una predicción, *teniendo en cuenta la realización de ciertas condiciones*"⁵.

En la profecía el énfasis está puesto, principal o exclusivamente, en el contenido de lo presagiado. A diferencia de lo anterior, en la predicción condicionada, no puede de ninguna forma omitirse la indicación clara de las condiciones requeridas para que el cambio anunciado pueda tener lugar. Por esa misma razón, la predicción científica presenta dificultades ciertas y posibilidades muy limitadas: "no hay manera de tener en cuenta todos los factores que pueden afectar concebiblemente el fenómeno predicho"⁶.

Por consiguiente, tan difícil resulta desde el quehacer científico predecir con certeza un sismo, una tormenta o un conflicto social. No sin razón ha afirmado Randall Collins que "la sociología no será nunca una ciencia ajustada al viejo ideal lógico positivista, pero ninguna de las ciencias naturales se ajusta tampoco a ese ideal"⁷.

No obstante lo anterior, los sociólogos, creyendo hacer lo que sus homólogos en las ciencias naturales hacen, se han aventurado con frecuencia a profetizar o a pronosticar ligeramente, sin prestar demasiada atención al hecho de que lo *impre-visto* puede resultar -con frecuencia- "sociológicamente más interesante que lo esperado y lo plausible"⁸. Ya lo hemos señalado: es en el campo de lo llanamente rutinario, que muchas veces resulta banal, que la predicción del sociólogo tiene mayor probabilidad de acierto.

Por eso, cuando el sociólogo opta por las grandes predicciones, las cuales implican una

gran diversidad y una gran complejidad de factores, los riesgos de error son inevitablemente altos.

En todo caso, si la predicción ha resultado errónea, si la expectativa no ha resultado satisfecha, si los procesos reales han recorrido senderos ignorados o inéditos, el sociólogo tiene aún la posibilidad de transformar lo imprevisto en materia nueva de reflexión. Como el *serendipity* merstoniano, los hechos inesperados pueden sugerir nuevas pistas para el análisis, en la medida en que reclaman nuevas explicaciones. Es preciso entonces dar cuenta de lo acontecido. Se torna necesario elaborar nuevas "ofertas explicativas"⁹ que permitan corregir el error, abandonar la predicción y elaborar una nueva *retrodicción* que permita determinar los factores que pueden explicar -nunca definitivamente- el curso que siguieron los acontecimientos previamente delimitados.

Resulta así posible sacar partido del error predictivo, en la medida en que se problematiza la predicción que *ex post* ha resultado equivocada. Pero bien puede ocurrir que los problemas planteados no se reduzcan a lo que Thomas Kuhn caracterizó con acierto como auténticos *puzzles*: acertijos o rompecabezas que pueden ser resueltos si se cuenta con las piezas completas y con la destreza adquirida para hacerlo. Como bien lo ha señalado Jeffrey Alexander: "Las condiciones descritas por Kuhn para definir la crisis del paradigma en las ciencias naturales, son rutina en las ciencias sociales"¹⁰.

Por consiguiente, si las interrogantes no se resuelven, si las incógnitas no se despejan haciendo uso o recurriendo a los recursos teóricos o metodológicos usuales o habituales que el investigador incorporó durante su proceso formativo o a través de su experiencia, es posible que el investigador llegue a cuestionar la utilidad, la justificación o la pertinencia de esa tarea que él había recibido o se había autoimpuesto. Agotadas sus posibilidades y sus recursos, puede pues preguntarse, si el camino tomado es realmente el fecundo y el correcto. En otras palabras: su preocupación puede que gire no ya simplemente sobre la manera o las condiciones requeridas para hacer predicciones acertadas, sino que, se atreva finalmente a cuestionar la necesidad o la conveniencia de intentar predicciones en su quehacer científico. Puede ocurrir que llegue a esa conclusión, a pesar de su deseo de conocer el desarrollo futuro de los acontecimientos y que, en la práctica misma, descubra los límites y el alcance de su trabajo. "La

lógica de la investigación -subraya Bourdieu con agudeza- es este *engranaje de problemas* en el cual el investigador se encuentra asido y que lo arrastra, como a pesar suyo"¹¹. Una cosa es lo que el investigador hubiese querido o deseado y otra cosa es lo que, a partir de la práctica científica misma, puede realmente obtener.

El fracaso de las predicciones, el intento fallido y reiterado de predecir acertadamente pueden conducir al sociólogo a circunscribir su labor a algo más modesto pero quizás más efectivo: la de buscar y alcanzar explicaciones para los procesos y situaciones sociales, que deben ser siempre formuladas -según la máxima popperiana- de manera que puedan ser eventualmente falseadas por contraevidencias que a su vez provoquen nuevas explicaciones: "Explicar es proporcionar un *mecanismo*, abrir la caja negra y mostrar las tuercas y los tornillos, los dientes y las ruedas, los deseos y las creencias que generan los resultados globales"¹². Alcanzar esa meta, a pesar de la precariedad o de la provisionalidad, sin duda que ya es bastante.

La persistencia de los relatos

Cuestionada la función predictiva en el quehacer sociológico, puede uno preguntarse: ¿Se reduce entonces la actividad teórica a la tarea explicativa? ¿Se identifica acaso la reflexión teórica con la exclusiva elaboración de sistemas proposicionales que encuentren firme arraigo y sustento en la experiencia verificadora? ¿Se ha alcanzado ya o se busca sistemáticamente alcanzar un grado satisfactorio de formulación lógica- matemática en las explicaciones que se proponen o que se aceptan en el seno de la comunidad sociológica? ¿No transitan ciertamente por rutas muy distintas los preceptos y recetas que aparecen rígida y esquemáticamente formulados en los manuales metodológicos y la reflexión teórica concreta que hacen e intercambian aquellos que se autodefinen y que son reconocidos como sociólogos?

Al margen de las definiciones cajoneras y vacías, no es fácil ponerse de acuerdo siquiera sobre el contenido y al alcance de lo que se designa usualmente como teoría sociológica: "'Teoría en sociología ha llegado a incluir muchas clases de trabajo sociológico, desde los 'comentarios sobre los clásicos' hasta 'los modelos causales'"¹³.

Frente a esta situación de una cierta *anarquía conceptual*, tal y como algunos han querido

caracterizarla, no hay por qué acudir -de manera necesaria e inmediata- al recurso de la policía del pensamiento que procede siempre a la exclusión o a la anatematización de lo que parece espúreo o incorrecto. Quizás resulte más esclarecedor y fecundo, intentar una aproximación que nos permita caracterizar mejor las formas de aparición y de funcionamiento de esas entidades -con frecuencia sincréticas e influyentes- que conocemos con el nombre de teorías.

Aquellas que, precisamente, presentan de manera más clara los rasgos de *sincretismo* y de *irradiación influyente*, se expresan usualmente bajo la forma de lo que -hace ya algunos años- el economista Benjamin Ward denominaba el *story telling*: la narración o el relato que "intenta explicar un conjunto de fenómenos interrelacionados en cuya exposición se mezclan los hechos, las teorías y los valores"¹⁴.

La reflexión teórica se expresa de esta manera bajo la forma del *relato* y establece así un "entrelazado de hechos y teorías", en el cual, "un conjunto de creencias parcialmente implícitas constituye el adhesivo que une a los fragmentos de la historia"¹⁵.

No se trata pues de lo que ha sido conocido corrientemente con el nombre de metateorías que supuestamente preceden el trabajo investigativo, al señalar "qué investigar y cómo investigar"¹⁶ en el campo de la disciplina sociológica. En los relatos que nos ocupan, las llamadas consideraciones metateóricas acompañan y permean el proceso completo de la investigación. Los valores no orientan simplemente la selección del tema o la delimitación del objeto de la investigación. De una manera a veces implícita o bien en forma abierta, la argumentación teórica no sólo incorpora explicaciones empíricamente respaldadas, sino que, en las redes de esos relatos se combinan, híbridamente, aspiraciones, enjuiciamientos o preferencias, que se sostienen gracias al efecto de consistencia, que provocan o producen en su despliegue, esos variados y ramificados relatos. Su sincretismo tiene entonces un doble aspecto: la constatación no sólo no excluye la valoración, tal y como lo hemos señalado, sino que, además, su formulación incorpora elementos provenientes o importados de otros relatos, que bien pueden haber surgido en otras disciplinas o incluso en campos distintos del saber.

Es precisamente ese sincretismo el que permite una eventual influencia irradiadora no sólo

sobre la disciplina que les dio origen, sino también sobre otras ciencias, con lo cual desbordan así el marco convencionalmente estrecho de las fluctuantes fronteras disciplinarias.

Pero el atractivo de ese sincretismo polifacético y englobante, no resulta suficiente para dar cuenta de la fuerza persuasiva que esos relatos con frecuencia demuestran. Su influencia irradiadora se funda también en su coherencia propia. Al establecer atrevidamente sus propios índices de verdad, dificultan o imposibilitan su eventual falsación. Coincidiríamos pues en afirmar que, "esta actividad resulta, o puede resultar, tan persuasiva, precisamente porque nunca corre el riesgo de equivocarse"¹⁷, por las razones que hemos tratado de puntualizar. Algunos de esos relatos, que se convirtieron en los vehículos de una gran promesa o de una gran predicción, han atravesado durante estos últimos años, una grave crisis que los ha sumido en una riesgosa agonía. Tal es el caso del materialismo histórico, que adquirió un fuerte arraigo en la sociología¹⁸.

Otros relatos, cuya promesa escapa a la estricta verificación histórica y que remiten más bien la prueba de su verdad a su consistencia lógica y matemática, tal y como ocurre con el neo-conservadurismo de mercado, no sólo no parecen afectados por sus dudosos resultados, sino que, manifiestan, en su lugar, una aparente aunque frágil vitalidad. Su influencia no se reduce actualmente al campo económico: desde hace ya varios años sus efectos persuasivos podrían estar repercutiendo en el quehacer teórico de la sociología¹⁹.

No vamos a centrar nuestra atención sobre este último fenómeno, cuya significación e importancia resultan sin embargo aún dudosas. Más interesante nos parece, reflexionar sobre el cuestionamiento y la pérdida progresiva de vigencia y de adhesión que en la sociología se observa -sobre todo en la sociología metropolitana- en relación con ese gran relato que llegó en algún momento y en algunos contextos sociológicos nacionales a identificarse incluso con la sociología misma. Nos referimos obviamente al materialismo histórico: al esfuerzo teórico de Marx y de sus diversos y polémicos herederos, de explicar el funcionamiento de la explotación en las sociedades capitalistas industrializadas y de su pretensión profética de señalarnos la *ruta* y el *escenario* de la sociedad del futuro, en cuyo reino de la libertad, habría quedado atrás, para todos y para siempre, el reino de la penuria y de la necesidad, por lo que, la

desaparición de este último significaría, el fin de la prehistoria y el inicio de la verdadera historia.

Ese magno relato encerraba así, en una abigarrada e indiscernible imbricación, una gama de elementos de muy variada procedencia: diagnósticos, constataciones, explicaciones, pronósticos y promesas. Y quizás un rasgo decisivo, que según Lyotard le confirió el carácter de *metarrelato*: el marxismo no sólo se convirtió en un proyecto emancipador en el escenario histórico de la modernidad, sino que además, se autoatribuyó la fuente de su propia legitimidad, en la medida en que propuso "la emancipación de la explotación y de la alienación por la socialización del trabajo", "en el curso de una historia cuyo término, aun cuando ya no quepa esperar, se llama libertad universal, absolución de toda la humanidad"²⁰.

Lo característico de esos grandes relatos

¿Qué características definitorias adquirió ese *metarrelato*, que fue capaz no sólo de provocar y promover una extraordinaria y gigantesca movilización política prácticamente durante todo un siglo, sino que también ejerció una influencia ineludible en el quehacer sociológico, particularmente en el latinoamericano? ¿Qué experiencia histórica *crucial* ha traído como consecuencia su creciente y a veces discreto abandono y su innegable pero ruidosa agonía? ¿Qué alternativas abre y qué nuevas tareas plantea a la sociología contemporánea, el colapso de esa persistente y pretenciosa promesa que planteaba "la alternativa de una sociedad sin clases"²¹?

Quizás tiene razón Zygmunt Bauman cuando escribe que "el fenómeno socio-político de la erosión de la autoridad con pretensión y potencial ecuménico, ha sido reducido en Lyotard a su dimensión lingüística-filosófica: 'La gran narrativa ha perdido su credibilidad'²². Sin embargo, la caracterización simple pero precisa de la estructura lógico-gramatical de esos relatos emancipadores, puede constituir un dato y un paso previo para lo que podría ser el análisis propiamente sociológico de la *adopción* y del *funcionamiento* de ese complejo discursivo. En otras palabras, la tipificación de ese relato no sólo no agota el análisis sino que, además, plantea interrogantes que tienen un cariz más claramente sociológico: ¿qué factores históricos, sociales o culturales facilitaron o dificultaron la eventual posición dominante, la situación de referencial obligado y ritualizado,

del relato marxista -por ejemplo- dentro de la reflexión sociológica de estas últimas décadas?.

Una respuesta -al menos parcial y provisoria- a esa difícil pregunta puede abrirnos el camino para la comprensión de ese otro fenómeno más reciente y aún en curso: la crítica y la autocrítica radicales de lo que fuera ese prestigioso *metarrelato* conocido como materialismo histórico.

Retengamos, pues, por el momento, la caracterización que hace Lyotard de esos grandes relatos: según él 1) son legitimadores -pues hacen aceptables, o al menos tolerables, tanto instituciones como prácticas sociales y políticas- al igual que los mitos, pero se diferencian de estos últimos puesto que "no buscan la referida legitimidad en un acto originario fundacional, sino en un futuro que se ha de producir"²³; 2) están inscritos en el ámbito de la *modernidad*, pero ésta es concebida como una tradición, no como una época precisa, la cual, sin embargo, remite a una *idea común*, que ordena y da sentido a una infinidad de acontecimientos: "la de una historia que es un continuo movimiento de emancipación, que parte de un pecado original y que promete el reino de Dios"²⁴; 3) la presencia de esa idea común permite agrupar, bajo una misma categoría, una diversidad clara de relatos que incluye -según Lyotard- desde la visión que de la historia propone San Agustín, pasando por el *Discurso* de Descartes y el pensamiento ilustrado, hasta llegar al relato tecnoindustrial del liberalismo económico y al materialismo histórico, concebido, este último, como ciencia y proyecto de la historia; 4) esa idea común de emancipación aparece sin embargo expresada o formulada de una manera particular. Lyotard define la modernidad más bien como "un modo (es el origen latino de la palabra) en el pensamiento, en la enunciación, en la sensibilidad"²⁵; 5) en esos relatos, propios de la modernidad, se enuncia ese movimiento emancipador de toda la humanidad, como una progresiva incorporación de la tercera persona, excluida y exterior, a esta otra comunidad constituida, por el momento, tanto por los hablantes actuales (primera persona) como por los potenciales (segunda persona); es decir, tanto por el yo que habla, al ocupar el lugar de la dominación de la palabra y del sentido, como por el usted que por ahora escucha, pero que bien puede llegar a tomar esa palabra; 6) la formación de esa comunidad *reconciliada* en el futuro, parte, no obstante, de una situación histórica real en la cual el yo y el usted somos pocos,

mientras que ellos son inevitablemente más. Pero al constituir usted y yo la vanguardia emancipadora, ellos terminarán finalmente por incorporarse a la comunidad que ya hemos constituido y que desembocará, por consiguiente, en esa "unanimitad futura en la que toda tercera persona estará proscrita"²⁶; 7) a pesar de las consecuencias legitimadoras de estos grandes relatos, que confieren significado y sentido al múltiple y variado acontecer, puede sin embargo afirmarse que esos macrorelatos no están "implicados en las preguntas que se suscitan cotidianamente sobre el significado de la existencia"²⁷, de manera tal que, con frecuencia, las preocupaciones, las angustias o las diarias y constantes decisiones que conforman la trama de lo cotidiano, no parecen alcanzar respuestas claras o satisfactorias, dentro de la compleja y elaborada estructuración de esos magnos relatos.

Algunos atractivos del relato

El materialismo histórico, que como gran relato ha perdido hoy la adhesión multitudinaria de la que tan sólo parecía gozar, responde ampliamente a la caracterización polémica que de esos relatos Lyotard ha querido hacer.

Ciertamente, el relato del materialismo histórico oscila en una notable ambigüedad en lo referente al carácter y a la naturaleza del *comunismo*: mientras que en los *Manuscritos* de juventud, Marx se representa el comunismo como un estadio superior futuro del desarrollo de la humanidad, en el cual queda resuelto el enigma de la Historia y en el que se consuma una larga y dolorosa prehistoria de opresión, en la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, el comunismo aparece más bien como movimiento real y existente por abolir, desde ya, las condiciones de explotación y de opresión prevaletentes en las sociedades capitalistas.

Sin embargo, la imagen de esa sociedad futura en la que los hombres estarían reconciliados con los otros, con la naturaleza y consigo mismos, cumplió un papel *movilizador* decisivo en el relato marxista. Tanto es así que, en relación con la hecatombe política recientemente vivida en las sociedades europeas del llamado socialismo real, Norberto Bobbio se ha atrevido a sostener que "el drama de los recientes eventos reside en el hecho de que no ha sido simplemente una crisis de régimen o la derrota de un invencible gran poder; por el contrario, ha aparecido, en una forma que

parece irreversible, como el derrumbe total de la utopía, de la más grande utopía política de la historia"²⁸.

No hay duda pues, que el relato marxista establece su legitimidad en la realización histórica de esa sociedad futura. No carece el relato, efectivamente, de un mito original que remite a un comunismo primitivo en el que supuestamente no existía ni propiedad privada, ni familia, ni estado, y cuya caracterización en detalle quedó más bien en manos de Engels. Pero la desaparición de ese comunismo primitivo que daría lugar a la explotación y a la opresión, se acompaña de una gran promesa de emancipación para todos aquellos que—según lo indicaba Marx—*tienen todo por ganar y nada que perder*, para ese proletariado que, al liberarse, libera simultáneamente a toda la humanidad.

La imagen de esa sociedad futura no podía resultar pues más fascinante y según su misma retórica, más *movilizadora*: "Cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!"²⁹

No obstante lo anterior, la consumación del relato supone asimismo, como paso previo, la necesidad de la organización política de la clase: el pasaje del *en sí* al *para sí*, la conducción acertada de la vanguardia que permite constatar la situación de explotación y que suministra las armas teóricas de la liberación. Para que la tercera persona excluida pueda incorporarse al proceso de organización revolucionaria resulta necesaria la intermediación teórica y práctica de la vanguardia, que convierte, según la vieja consigna leninista *a las minorías de hoy en mayorías del mañana*.

Por consiguiente, para que el relato sea comprendido, asumido y asimilado por sus destinatarios, se requiere la labor activa de intelectuales y dirigentes que deben cumplir la tarea que Gramsci señalaba en la Iglesia a los jesuitas: la de

traducir en términos comprensibles y familiares, los meandros y malabares del relato y de la doctrina.

Condiciones favorables para la recepción de esos relatos

¿Qué factores, por consiguiente, podrían haber llevado a un sector considerable de sociólogos latinoamericanos a aceptar gustosos ese papel de *intermediación teórica* y adherir con entusiasmo al relato marxista y a sus variantes locales?

Sin duda alguna, el privilegio de sentirse herederos de las claves y herramientas que permitían al fin descifrar la realidad histórica en su complejo devenir, no dejaba de representar un claro aliciente. El relato marxista se presentaba además como un relato inacabado, lo que permitía a sus adherentes teóricos sentirse además como auténticos co-autores de tan épica y desafiante empresa. Se trataba asimismo de una tarea teórica que desbordaba y trascendía aquello que aparecía como el estrecho marco de la teoría tradicional: ya no era cuestión de interpretar el mundo, sino más bien de transformarlo, tal y como rezaba la vieja tesis marxista. En un continente en el que la explotación y la dictadura eran casi la regla, el relato marxista no podía sino prender como llamarada, sobre todo en aquellos que, por su formación y sensibilidad, no estaban dispuestos a cerrar los ojos frente a esa realidad.

Desde finales de los años cincuenta, quienes comenzaban a dedicarse con fervor a la sociología, descubrieron esa realidad y ese relato, desde el precario e incipiente espacio que se les abría en las universidades y en los pocos centros de investigación que por entonces existían. Sin pretender desconocer, por ejemplo, el aporte pionero de Gino Germani, quien intentó analizar el proceso de *modernización* en América Latina en términos similares a los que utilizaron en el pasado los clásicos de la incipiente sociología, hay que reconocer que, tal y como lo señala González Casanova en un análisis parcializado y ligero, "la revolución cubana cambió de raíz el clima ideológico de las ciencias sociales latinoamericanas"³⁰; de manera tal que, como lo ha destacado acertadamente Lechner, "en los años 60 el tema central del debate político-intelectual en América del Sur es la *revolución*. La situación de la región, caracterizada por un estancamiento económico en el marco de una estructura social tradicional y, por

otra parte, por una creciente movilización popular, es interpretada como un estado prerrevolucionario"³¹.

Para quienes suscribían el relato marxista, distantes a veces de la vieja ortodoxia comunista, la irrupción *inesperada* de la revolución cubana vino paradójicamente a *confirmar* la tesis clásica de la inexorabilidad del socialismo, aunque esto tuviera lugar por vías relativamente inéditas o heterodoxas. Para ese sector de entusiastas y decididos sociólogos- algunos de los cuales habrían de optar incluso por la lucha armada, como en el caso impactante de Camilo Torres- el proceso revolucionario, referencial y privilegiado, no iba a ser ya más -o en todo caso ya no únicamente- la primigenia y sacralizada revolución soviética -escenario de repetición ilimitada, a veces simplemente fantaseado, otras veces delirantemente alucinado- ni tampoco el proceso de la instalación forzada del llamado socialismo real en Europa del Este, ni la imagen apoteósica de la guerra popular y prolongada tal y como se desarrolló en China. La fascinación que ejerció en ese entonces la hoy de nuevo aislada y contradictoria revolución cubana, evidenciaba más que la posibilidad, la necesidad inminente de la propagación revolucionaria en tierras americanas. No obstante los reveses que experimentarían esos movimientos desde inicios de los años 70 con la larga y dolorosa noche del autoritarismo militar revitalizado que tendrían que padecer sobre todo las sociedades del Cono Sur, no faltaron los sociólogos que siguieron apostando al relato y a la fuerza de quienes ellos consideraban, a pesar de todo, como *los vencedores indiscutibles del futuro*, de un futuro que no era ya más distante o lejano, sino que se había anticipado parcialmente en esa gloriosa y trágica epopeya revolucionaria.

Los desencantos progresivos frente al relato

La espera frustrada de una transformación revolucionaria a lo largo y a lo ancho del continente y la instalación prolongada de dictaduras militares que provocaron lo que algunos en su momento caracterizaron como un cierto *apagón* cultural, llevarían a un buen grupo de sociólogos latinoamericanos, que habían iniciado el exilio o que habían optado por permanecer en sus países soportando los embates de la dictadura, a repensar las posibilidades reales de esas transformaciones revolucionarias que la ortodoxia había prometido con certeza.

Asimismo, la desvalorizada y con frecuencia vilipendiada *democracia representativa*, adquiriría, al ser contrastada con la ignominia y el silencio producidos por la dictadura, un nuevo valor y un nuevo sentido: "Alrededor de 1980, y especialmente a partir de la crisis económica agudizada en 1982, la atención se desplaza del autoritarismo hacia la democratización"³².

Tan importante resulta entonces plantearse el problema de la transición a la democracia como el problema posterior de la consolidación democrática. En todo caso, la sociología latinoamericana parece entonces reconocer, como fenómeno de amplio y progresivo arraigo, la aspiración popular a una vida política democrática. Como lo ha señalado José Aricó, "este larvado ideal democrático forma parte del humus cultural de nuestros pueblos y en su existencia se asienta, tal vez, la razón de ser del reclamo democrático como apelación insuprimible"³³.

Independientemente del contenido variable que pueda presentar esa polimórfica aspiración, es posible afirmar que ella cobró preliminarmente la forma de un rechazo categórico y abierto a las distintas variantes de la dictadura y de la supresión de las libertades básicas. Asimismo, en las filas de la sociología latinoamericana comenzó a "reconocerse un campo de oposiciones conflictivas por resolverse más por la vía de la legitimidad que de la violencia minoritaria"³⁴.

A pesar de que, para utilizar la expresión acertada de Ferenc Feher el *desembarco* de la sociología latinoamericana en la democracia sigue siendo, al igual que el de la izquierda, "un proceso lento y desigual"³⁵, no exento de ambigüedades o de rituales apegados aún a un viejo lenguaje que no expresa ya adecuadamente los nuevos puntos de vista, las constataciones recientes o los intereses teóricos que no están del todo consagrados, esta preocupación por dar cuenta de la aspiración y del quehacer político democrático, había abonado ya el terreno para el desencanto incuestionable provocado posteriormente por los diversos y acelerados acontecimientos en la Unión Soviética y en la Europa del Este. El proceso de lenta erosión de las ilusiones políticas desembocaría en un duro golpe para quienes aún se aferraban a viejas y pretendidas certezas.

Si definimos la condición posmoderna como aquella que resulta de "la incredulidad en relación con los metarrelatos"³⁶, no es posible afirmar que en América Latina transitamos ya por las

avenidas de la posmodernidad. Quizás sea más correcto afirmar -tal y como lo hace un autor- que por aquí vivimos complejos tiempos *mixtos*³⁷, en los que se combinan a veces sin integrarse experiencias de la pre, de la post y de la célebre modernidad.

Las experiencias históricas de Auschwitz y del estalinismo, que para Lyotard marcan la liquidación del proyecto de la modernidad, no han tenido por estas tierras, la repercusión y el significado que han alcanzado para los europeos. La experiencia de la dictadura militar, de las represiones o de las intervenciones externas, han lesionado bastante más la integridad o la soberanía nacional de buena parte de las sociedades latinoamericanas.

Eso explica, quizás, la sobrevivencia en el campo mismo de la sociología latinoamericana de viejos ensueños y de viejas fantasías sobre las posibilidades concretas de grandes transformaciones que para algunos siguen apareciendo como ineluctables.

Sin embargo, si ese gran proyecto se sigue alimentando de un *nosotros* seguro y necesario, es bien claro que ese sueño no ha pasado aún por la experiencia del duelo de esa unanimidad forzada que tantos dolores y tantas tragedias ha ocasionado en la historia contemporánea. Los sociólogos pueden hoy sin duda contribuir a responder esa lacerante pregunta que se hacen los que todavía hasta hace poco mucho soñaron: ¿Qué sueños fundados es posible hoy alimentar después de las terribles pesadillas en las que se transformaron algunos de esos viejos sueños?

No nos es posible formular ahora otras grandes predicciones, aunque no nos resulta tampoco fácil escaparnos completamente de las redes de los viejos o de los nuevos relatos, de los que sólo a medias a veces salimos, o en los que imperceptiblemente con frecuencia nos adentramos.

De todas maneras, nos atreveríamos a afirmar que la sociología latinoamericana no puede obviar ya más esa incertidumbre ineludible de los fines en la que históricamente nos movemos, que es asimismo "una incertidumbre acerca de la identidad del nosotros"³⁸: de un nosotros variable, de un nosotros fluctuante, de un nosotros siempre incompleto.

Esa incertidumbre relativa sobre el acontecer histórico futuro quiebra el marco rígido e inflexible de las predicciones necesarias para abrirnos un horizonte de alternativas y de posibilidades

quizás prometedoras. Pero ese horizonte adolece de una debilidad inevitable: su irreparable precariedad.

Notas

1. Charles Kurzman, "The Rhetoric of Science: Strategies for Logical Leaping", *Berkeley Journal of Sociology*, V. XXXIII, 1988, p. 151.
2. Alain Touraine, "Sociologies et sociologues", en: *L'état des sciences sociales en France*, Éditions La Découverte, París, 1986, p. 143.
3. Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Gedisa, Buenos Aires, 1988, p. 186.
4. Entre otros, Wagner y Berger han definido las expectativas como "anticipaciones estables de comportamiento futuro". David G. Wagner and Joseph Berger, "Do Sociological Theories Grow?", *American Journal of Sociology*, V. 90, No. 4, 1985, p. 714.
5. Bernard P. Cohen, *Developing sociological knowledge*, Nelson-Hall, Chicago, 1989, p. 122.
6. *Ibidem*.
7. Randall Collins, "Sociology: proscience or antisience", *American Sociological Review*, febrero, 1989, p. 134.
8. J. Beckford, cit. por Martin Bulmer, "Theory and method in recent British sociology: whiter the empirical impulse?", *British Journal of Sociology*, setiembre, 1989, p. 414.
9. El término es de Claus Offe en: Francisco Colom, "Entrevista con Claus Offe", *Leviatán*, Nos. 29-30, otoño-invierno, 1987, p. 140.
10. Jeffrey C. Alexander, "El nuevo movimiento teórico", *Estudios sociológicos de El Colegio de México*, No. 17, mayo-agosto, 1988, p. 264.
11. Pierre Bourdieu, *Questions de sociologie*, Les Éditions de Minuit, París, 1984, p. 51.
12. Jon Elster, cit. por Andrew Levine et al., "Marxismo e individualismo metodológico", *Zona Abierta*, Nos. 41-42, octubre 1986-marzo 1987, pp. 150-151.
13. David G. Wagner and Joseph Berger, "Do Sociological Theories Grow", *art. cit.*, p. 699.
14. Benjamin Ward, *¿Qué le ocurre a la teoría económica?*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, p. 151.
15. *Ibidem*.
16. Joseph Berger, David Wagner and Morris Zelditch Jr., "Theory growth, social processes, and metatheory", en: Jonathan H. Turner (ed.), *Theory building in sociology*, Sage Publications, Newbury Park, 1989, p. 20.
17. Mark Blaug, *La metodología de la economía*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 148.
18. Hemos tratado de caracterizar y de tipificar algunos efectos y reacciones que en la sociología ha provocado la grave crisis del marxismo, en un artículo de reciente aparición titulado "Agonía del marxismo e incertidumbre en la

sociología", en: Rafael Angel Herra (compilador), *¿Sobrevivirá Marx?*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 1991.

19. Sobre la influencia de la teoría neo-clásica tanto en la sociología francesa como en la sociología anglosajona, pueden consultarse los polemicos artículos de Alain Caillé, "La sociologie de l'intérêt est-elle intéressante?", *Sociologie du travail*, setiembre, 1981; y de Barry Hindess, "Rational choice theory and the analysis of political action", *Economy and Society*, agosto, 1984.
20. Jean-François Lyotard, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Editorial Gedisa, México, 1989, p. 36.
21. Jean-François Lyotard, "Retour au potmoderne", *Le Magazine littéraire*, No. 225, diciembre, 1985, p. 43.
22. Zygmunt Bauman, "Sociology and postmodernity", *The sociological review*, noviembre, 1988, p. 801.
23. Jean François Lyotard, *La posmodernidad*, op. cit., pp. 29-30.
24. Jean-François Lyotard, "Retour au postmoderne", *art. cit.*, p. 43.
25. Jean-François Lyotard, *La posmodernidad*, op. cit., p. 35.
26. *Ibid.*, p. 37.
27. John W. Murphy, "Making sense of postmodern sociology", *The British Journal of Sociology*, diciembre, 1988, p. 603.
28. Norberto Bobbio, "Utopia overturned", *Dissent*, verano, 1990, p. 340.
29. Carlos Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s.f., pp. 17-18.
30. Pablo González Casanova, "Las ciencias sociales en América Latina", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Nos. 117-118, julio-diciembre, 1984, p. 12.
31. Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia*, FLACSO, Santiago, 1988, p. 23.
32. Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia*, op. cit., p. 32.
33. José Aricó, "Debemos reinventar América Latina, pero...¿desde qué conceptos 'pensar' América", *David y Goliath*, julio, 1986, p. 12.
34. Waldo Ansaldi et al. "Los intelectuales entre la sociedad y la política", *David y Goliath*, enero-diciembre, 1984, p. 35.
35. Ferenc Feher, "Paradigma de la redención y paradigma democrático en la política radical", *Leviatán*, No. 28., verano 1987, p. 84.
36. Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne*, Editions de Minuit, París, 1979, p. 7.
37. Fernando Calderón, "América Latina: identidad y tiempos mixtos", *David y Goliath*, setiembre, 1987.
38. Jean-François Lyotard, *La posmodernidad*, op. cit., p. 60.